

RITMOS

FESTIVOS DE

JAIMITO

EL BAILE



TANGO

INTERPRETANDO CANCIONES
POR IZQUIERDO,

LA MEJORANA

SON TUS OJOS BELLOS

QUÉ SUERTE MÁS PERRA: LOS OSCUROS AÑOS DE JAIMITO

ÓSCAR GUAL BORONAT

Doctor en Historia Contemporánea
Universidad de Valencia

RESUMEN: Jaimito fue una de las principales revistas de humor de la posguerra española, y la cabeza visible de toda una escuela de historietistas. Sin embargo, pese a estar considerada como el mejor ejemplo del humor inocente para niños, en sus inicios constituyó un valioso vehículo de crítica, así como un testimonio palpable de su tiempo. El objetivo del presente artículo es investigar esos primeros años de existencia, así como el inicio de la carrera de sus colaboradores más conocidos.

PALABRAS CLAVE: Jaimito, posguerra, humor

ABSTRACT: Jaimito was one of the leading children journals in Spanish post-war, and the visible head of a school of cartoonists. However, despite being regarded as the best example of children humor, in the beginning was a valuable vehicle for criticism as well as a concrete testimony of his time. The aim of this paper is to investigate these early years, as well as the beginning of the career of his closest acquaintances.

KEY WORDS: Jaimito, Spanish post-war, humor

Fecha de recepción del original: 6/08/2013

Versión definitiva: 9/2013

SE VA EL CAIMAN
SE VA EL CAIMAN

DINTOR QUE SIGUES EL RUMBO
DE TANTOS DINTORES VIEJOS

BUGUI-BUGUI

1. Introducción

Desde el primigenio estudio de Juan Antonio Ramírez de 1975 -*La historieta cómica de posguerra*-, ha sido tradición dividir el estudio de los cómics humorísticos, editados desde 1940, en tres escuelas principales: la del *TBO*, la de la escudería Bruguera y, por último, la de la Editorial Valenciana. En líneas generales se las ha caracterizado a cada una con una serie de rasgos principales que ayudan a definir las y diferenciarlas con claridad. La primera de ellas más clásica, heredera directa de la tradición historietística previa a la guerra civil, la segunda más crítica, que bebe directamente de la realidad para satirlizarla y presentarla de forma grotesca, y la tercera con un contenido más infantil y fantástico. No obstante una lectura más atenta de cada uno de los tebeos derivados de dichas corrientes complica mucho más esa clasificación y muestra una serie de aristas que impiden que todo encaje como se suponía.

Si nos centramos en *Jaimito*, su historia arranca poco después de la contienda bélica, a diferencia de la de sus competidoras *TBO* o *Pulgarcito* que arrastraban un recorrido iniciado décadas atrás. Juan Manuel Puerto Vañó, hijo del fundador de la Editorial Valenciana, Juan Bautista Puerto Belda, recupera las riendas de la misma y empieza a sondear el mercado con nuevos productos, principalmente álbumes de cromos y cuadernos de historietas. La mayor dificultad para sacar a la calle dichos artículos radicaba en la concesión del permiso administrativo correspondiente. Al ser considerados folletos, los sellos editoriales privados debían tramitar la licencia para cada ejemplar que quisieran publicar, pues el reconocimiento de publicación periódica estaba reservado en exclusiva para organismos oficiales, o para empresas pertenecientes a personas e instituciones afines (la Iglesia, la FET y de las JONS), lo cual comportaba también una rebaja en el precio del papel. Por ello los editores pedían las licencias cambiando el título de sus tebeos en cada solicitud, pese a que en la práctica constituyeran fascículos de una misma colección. En el caso de los cuadernos era sencillo variar cada vez el encabezamiento principal, y acompañarlo por el subtítulo de presentación del personaje, entre otras cosas porque eso ayudaba dentro del juego dramático de la continuidad. Dicho rasgo caracterizaría hasta bien entrados los años cincuenta ese popular formato, con el que el remozado sello valenciano, inspirándose en obras similares comercializadas con anterioridad por Hispano-Americana de Barcelona, cosecharía precisamente su primer gran éxito: *Roberto Alcázar, el intrépido aventurero español* (1941), dibujado por Eduardo Vañó. Antes ya habían aparecido otros títulos en

la misma línea, tanto de género aventurero (*Selección aventurera*), como de cariz bufo, destinados principalmente a los lectores de menor edad (*Aventuras cómicas*). La buena acogida dispensada al personaje de Vañó permitió continuar en la misma senda, inundando el mercado con publicaciones similares, alcanzando nuevos triunfos con *Julio y Ricardo*, de Edmundo Marculeta, o, sobre todo, con *El Guerrero del Antifaz*. Así fue a partir de 1943, un año en el que Valenciana lanzó al mercado hasta una docena de nuevas series (siempre hay que realizar estas afirmaciones con cautela debido a la dificultad de fijar la fecha exacta en que se inicia la distribución de los tebeos en esa época), entre las que figuraba *Aventuras de Jaimito* (a partir de su quinto número *Aventuras de Jaimito y Periquete*), a cargo de Palmer, seudónimo del castellonense Miguel Martínez Verchili.

2. Un nuevo personaje

El protagonista de ese nuevo título fue bautizado con un nombre bien popular por entonces, tanto que era utilizado en medios diversos: por otra revista de la misma época editada por el sello barcelonés Durán, para la adaptación española de 1946 de la tira de James Swinnerton, *Little Jimmy* (1905), e incluso por las distribuidoras cinematográficas catalanas Balet y Blay o Exclusivas Arajol para reestrenar los cortometrajes mudos de Larry Semon, rodados más de veinte años antes, y que ya habían sido exhibidos antes de la guerra, entonces con el apelativo de Tomasín. Pero el Jaimito de esos tebeos era bien diferente a aquellos, era un joven, sin lazos familiares ni responsabilidades, de alrededor de diez o doce años, siempre vestido con un jersey a rayas horizontales, atrevido y valiente, que desde la primera entrega se dedica a vivir aventuras por los rincones más exóticos y por los escenarios típicos de la ficción más clásica (la India, el lejano Oeste, el fondo del mar, la selva). Con un tono desenfadado, ligero, de comedia para niños, repleto de referencias costumbristas y populares, presenta diversos personajes de fábula convenientemente adaptados (la bruja Pilonga, los enanitos, el gigante Patacón). Palmer, quien rondaba los cuarenta y cinco años de edad, había sido uno de los autores principales de *KKO*, un semanario infantil editado por Guerri en Valencia un año después de la proclamación de la Segunda República. Inspirado claramente en el conocidísimo *TBO*, por tono y contenido, colaboraron allí firmas muy reconocibles de la época como las de Arturo Moreno, quien llegó a ejercer de director, Marino Benejam o Cabrero Arnal. Palmer, muy influido por dichas firmas, con un perfil más cercano al del cuento infantil que

al del cómic moderno, supo prolongar con acierto aquel espíritu en su trabajo posterior con *Jaimito*, en una colección que a la postre no pasaría de los 13 números. Aún así el personaje no caería en el olvido, y tras la cancelación de los cuadernos sale a la calle una revista de humor con su propio nombre, y en la que él mismo tendría un importante papel. El estreno de la nueva cabecera coincide con el afianzamiento en la casa de José Soriano, llegado a Valenciana como dibujante pero que con el tiempo se convertiría en el director editorial y artístico para este tipo de publicaciones. Soriano había trabajado también en *TBO*, en *KKO* y en la otra revista infantil valenciana señera de la etapa prebélica: *Niños* (1935), posteriormente conocida como *Meñique*. Según una entrevista concedida a Alfons Cervera, Soriano recuerda haber iniciado su relación laboral con Puerto Vañó cuando ya se habían publicado los primeros cuadernos de *El Guerrero del Antifaz*, con lo que podemos calcular que su llegada se produciría alrededor de 1944. Aclara en la misma conversación que en el arranque de la revista había pocos autores fijos (Manuel Gago, Antonio Ayné o Jesús Liceras), cubriendo él gran parte del contenido de la misma con páginas rubricadas con diferentes seudónimos (Izquier, Joe, Soriano, Pepe) (HISTORIA DEL TEBEO VALENCIANO, 1992: 57). El punto de partida fue pues modesto y un tanto irregular, sin respetar una cadencia de salida fija ni unas secciones estables, al menos durante los dos primeros años de vida. Alrededor de 1947 su periodicidad pasa a quincenal y se engrosa el número de colaboradores, algunos de los cuales tendrán gran trascendencia en el devenir posterior de la publicación (Rafael Catalá, Karpa, o Josep Palop). Efectivamente, en el periodo que se alarga entre esa fecha y el inicio de la década siguiente se crean las bases de lo que será el *Jaimito* más popular, aquel que tomará forma definitiva a partir de 1952. Para entonces se fundará la Junta Asesora de la Prensa Infantil, dentro del Ministerio de Información y Turismo, el cual, con cerca de un centenar y medio de números publicados, le concederá por fin el ansiado permiso de publicación periódica. Desde entonces la revista cómica de Valenciana, convertida ya en semanario, será entendida como el ejemplo máximo del humor blanco para niños. La influencia de Soriano Izquierdo, ya como coordinador, sobre la gran mayoría de la plantilla de artistas, se hace notar. La meta era llevar a cabo cierta renovación en las formas pero que respetara la tradición historietística valenciana de *KKO* y *Meñique*. Para ello se van introduciendo toda una serie de caracteres basados más en el absurdo que en la realidad inmediata, más en la ficción que en la cotidianidad, empezando

por un Jaimito, acompañado ahora por una verdadera pandilla de amigos (Bolita, Tejeringo y Rosquilleta), que rompe los esquemas del niño travieso típico de los tebeos. Tras el paso por la serie de Muro y Soriano, la responsabilidad había pasado a Karpa, que más adelante se alternará primero con Licerías y después con Emilio Frejo. Con ellos el muchacho dejó progresivamente de lado las diabluras para conocer la verdadera aventura en un mundo totalmente irreal, sin colegio, ni ataduras, ni padres. Viajan sin problemas a otros países, disponen de un coche, alquilan casas para ir de vacaciones, son infantes con posesiones materiales inconcebibles para su edad y su época. Con la incorporación del guionista Vicente Tortajada ese escenario bohemio se mitifica todavía más, rebajando el tono cómico para apostar por el suspense del continuará. Para Antonio Altarriba, quien entiende que dichas páginas "se hallan impregnadas de una bondad a veces algo empalagosa", el planteamiento de los relatos, aunque sencillo, resulta insólito, principalmente porque en ellos el adulto (Don Camorra) y los niños se intercambian los papeles, convirtiéndose estos en los defensores del orden y aquel en el saboteador (ALTARRIBA, 2001: 91). Existe en dichas historietas cierto elemento mágico y fantástico (tesoros escondidos, transformaciones, hadas, extraterrestres, héroes legendarios) que las acercan a una idealización de la aventura, inofensiva, donde las amenazas nunca son graves ni representan un peligro insalvable, donde la muerte no hace jamás acto de aparición. Ese tono desenfadado era extensible al resto de series, algo totalmente comprensible al compartir entre ellas una concepción lúdica del entretenimiento y una brillante y reconocible estética común. Esta Escuela Valenciana de dibujantes, de géneros bien diferentes, se componía tanto de autodidactas (Palop o Gago), como de creadores con fundadas aspiraciones artísticas (Palmer, José Antonio Serna Ramos o Alfonso Alamar) o de estudiantes de Bellas Artes (Karpa, José Grau, Vañó o Juan José Carbó). Un colectivo que pese a que en líneas generales rindió a un



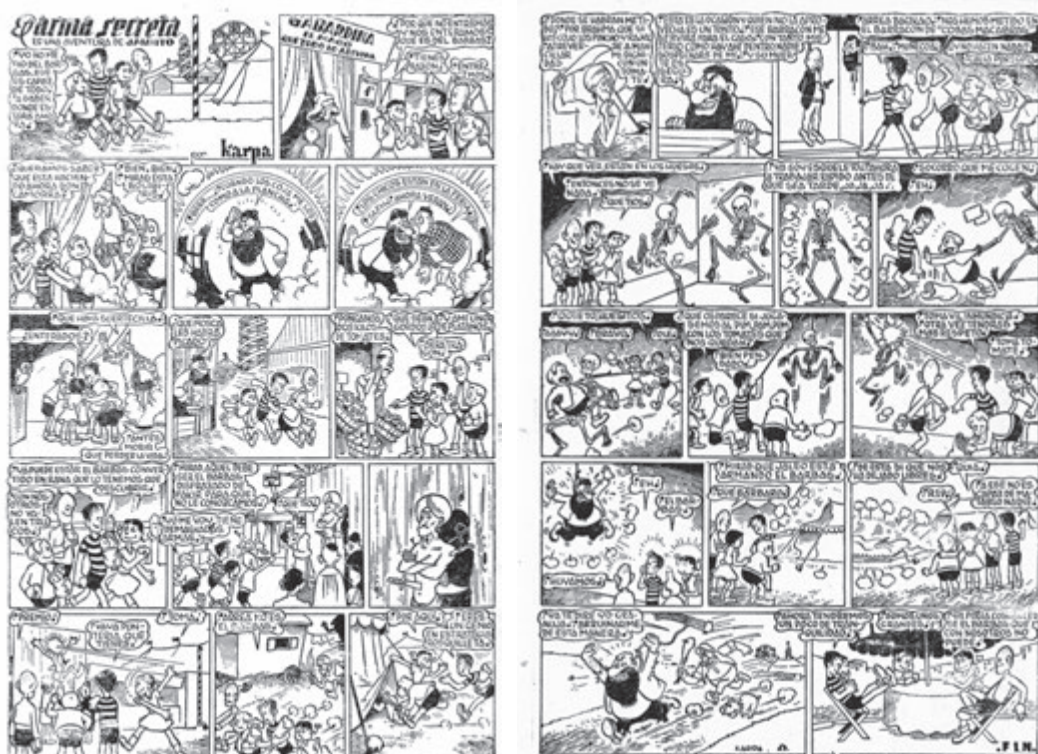
El director artístico y creador de Jaimito José Soriano Izquierdo (1908 - 1996), en una caricatura realizada durante sus años al frente de Editorial Valenciana.

altísimo nivel, lo hizo menos en los tebeos realistas que en los tebeos humorísticos, donde sí había un evidente interés por innovar, por buscar recursos narrativos, por evolucionar. Una reconocible línea clara para un humor inocente.

3. Los años oscuros

No obstante antes de lograr ese esplendor, antes de que las cosas estuvieran tan limpias, reflejaran con tal intensidad la luz del sol, tuvieron que estar, por así decirlo, sucias, tuvieron que acumular mugre y polvo. Fueron, lo que llamaríamos los años oscuros de *Jaimito*, desde su origen hasta la tiranía del personaje fijo. Con la implantación y normalización paulatina del personaje fijo se acabó con la anarquía del gag, de la ocurrencia, del golpe de efecto, como se acabó también con el desbarajuste de formatos de inserción de las tiras en las planchas. Con el personaje fijo llega la profesionalización de la revista, a nivel de contenido y presentación, a imagen y semejanza de las otras publicaciones señeras del momento, finiquitando esa estética amateur que proporcionaba la aparición de criaturas diferentes a cada nueva entrega. Da la sensación que el proyecto pedagógico, humanista, del ideólogo Soriano Izquierdo, empieza a consolidarse a medida que cada autor logra identificarse plenamente con un personaje, Karpa y Liceras con *Jaimito*, Palop con Robertín y con Bartolo, Serafín Rojo con Don Panchito y su familia, Serna Ramos con los integrantes de *Los herederos*. Aunque algunos ya habían nacido a finales de la década de 1940, cuando el ritmo de aparición de nuevos actores era muy alto, se afianzaron con la regularización posterior, como si la aparición semanal les dotara definitivamente de unas características reconocibles. Por el camino se quedaron descolgados decenas de antihéroes con pocas páginas a sus espaldas, capaces de barrabasadas, actitudes e insensateces indignas de la comedia amable, acrítica, que será marca de la casa: "abundan los pobres, los vagabundos, los pícaros, los humildes oficinistas, las inalcanzables mujeres, las continuas alusiones a las dificultades económicas, la obsesión por llenar el estómago, la visión de unos pueblos subdesarrollados habitados por seres ignorantes y brutos, el exagerado formulismo de las relaciones sociales, los remedios caseros como sucedáneos que intentan paliar acuciantes necesidades...", en fin todo el panorama de un tiempo miserable hecho crónica desenfadada en historias de pequeñas viñetas que abarrotan unas páginas resueltas en general con un nivel sobresaliente" (PORCEL, 2002: 315).

La razón principal, pues, para hablar de años oscuros, de sombras, hay que buscarla en los argumentos, es cierto, pero existen otras que en cierto modo también lo justifican. Por un lado la revista, a nivel hemerográfico, parece no existir, no tiene una cabecera unitaria y reconocible, su título estaba en segunda línea, los fascículos venían sin numerar durante los primeros años, sin fecha de aparición, todo ello lógicamente por exigencias administrativas. Como consecuencia de esa particular condición, casi de semiclandestinidad, por llamarla de alguna manera y dejándonos llevar por un afán literario, es muy difícil acceder en la actualidad a esos primeros ejemplares, posiblemente por haber sido distribuidos irregularmente fuera del ámbito local o regional. Por otro la situación de algunos de los artistas que pasaron por sus páginas en esa etapa inicial contribuye asimismo a abonar nuestra teoría. Están aquellos que aparecieron por *Jaimito* tan esporádicamente que es muy complejo rastrear su carrera, u otros con un pasado artístico ciertamente polémico. El primer caso sería el de, por ejemplo, Moscardó, V. Maciá o José Sierra, cuyo papel en la redacción de *Jaimito* no está demasiado claro, básicamente porque lo conocemos a partir de unas declaraciones de "Karpa", asegurando que era nada menos que el director artístico de



Historieta de dos páginas del personaje Jaimito aparecida en *Jaimito* nº29.

la empresa y la persona que le ofreció sustituir a Soriano Izquierdo al mando de las planchas del personaje estrella (HISTORIA..., 1992: 137). Nada que ver con los segundos, de sobra conocidos y estudiados, como Juan Pérez del Muro, Enrique Pertegás o Alfonso Alamar. Muro era el creador de las *Aventuras de Colilla y su pato Banderilla*, un icono de la prensa infantil local, que apareció regularmente en *Los Chicos* (1929), el suplemento para niños del periódico *El Mercantil Valenciano*. Para el investigador Pedro Porcel ese título supuso el verdadero arranque de la producción de historietas en la región de Valencia y la obra de Muro "el primer clásico del tebeo valenciano" (PORCEL, 2002: 45). Aún reconociéndose heredero todavía de las populares aucas, y pese a que los textos seguían apareciendo fuera de las viñetas, se podía considerar ya un cómic moderno, por su grafismo y por su contenido. Las divertidas andanzas del pequeño Colilla y su mascota, fueron el cénit de la carrera de Muro, que llegó a convertir ese esquema casi en un género, antes con *Emocionantes aventuras de Churrete y Viruta para Bobby* y posteriormente con *Aventuras de Bolín y su perro Patachín*, donde por el contrario ese estilo narrativo queda ya algo anticuado frente a los nuevos humoristas que irán llegando. Pero la obra de Muro no estuvo siempre destinada a un público infantil, como lo demuestran sus ilustraciones para los semanarios eróticos del editor Vicente Miguel Carceller, *La Traca y Rojo y Verde*, donde coincidiría con Enrique Pertegás. Pertegás, ya se había forjado como dibujante en el periódico blasquista *El Pueblo*, o en las revistas *Levante Gráfico* y *Cuento del Dumenche*, que llegó a dirigir entre 1915 y 1916. De trazo fino y moderno con el tiempo impondrá su grafismo como marca de la casa no sólo en *La Traca*, sino en las posteriores publicaciones de la Editorial Carceller. Aunque las féminas de Pertegás respondían estéticamente a la imagen predefinida de dichas cabeceras, él las dotará de mayores dosis de erotismo, desvergüenza y sexualidad. Por fortuna, dichos trabajos los firmó como Sade o Tramús, lo que le salvaría de la cárcel, una vez implantado el nuevo régimen, y le posibilitaría seguir trabajando. Para la nueva *Jaimito* su contribución, junto con su hijo como escritor, sería básicamente ilustrando las secciones de complemento cultural, muchas de ellas bajo el alias de Henry, y, en un giro radical de su carrera anterior a la guerra, se encargaría de la sección *Gestas de la raza* a partir de 1948. Un recorrido similar sería el que realizaría Alamar, igualmente proveniente de los semanarios de Carceller, participaría asimismo en *Niños* y más adelante en *Flechas y Pelayos*, antes de incorporarse a la disciplina de Valenciana. Su vocación era la pintura, sin embargo, y como ocurriría con muchos

compañeros de profesión, la necesidad de conseguir un trabajo le llevó hasta la historieta, donde con un grafismo muy particular, duro y reconocible, encontraría pronto acomodo en las publicaciones de humor, convirtiéndose en el único de este grupo que mantendría secciones fijas en el semanario cuando este alcanzó su época de esplendor.

Sin embargo, como veníamos diciendo, lo que más sorprende del primitivo *Jaimito* es su descarnado contenido, presente exclusivamente, eso sí,

en las historietas humorísticas. Los relatos realistas perseguían otros intereses, algo evidente en las participaciones puntuales de José Grau o Manuel Gago. Grau había sido trabajador del sello Guerri a mediados de la década de 1930, siendo estudiante, compatibilizándolo con la realización de muchas de las cubiertas de las novelas populares publicadas por Puerto Belda, y tuvo, al parecer, mucho que ver con el visto bueno de la editorial a la salida de *El Guerrero del Antifaz*. Gago por su parte había debutado con los primitivos cuadernos de aventuras de Valenciana, e incluyó algunas historietas breves en los primeros ejemplares

de la nueva revista ("El castillo siniestro" en el número 2, "Persecución" en el 4, "¿Cuál de los tres?" en el 5 o "Los cazadores rivales" en el 7, algunas de ellos escritos por Pablo Quesada). Esos trabajos buscaban perpetuar en el lector un imaginario clásico, reforzándolo con los mismos mitos aventureros, nada que ver con la reacción que del mismo sujeto buscaban los caricaturistas que compartían esas mismas páginas. El esquema típico de las tiras cómicas, exceptuando las de Jaimito que ocupaban normalmente dos planchas o la sección "Chistes viejos con caras nuevas" que se reservaba una, variaban entre las pocas viñetas y la página completa, buscando siempre la resolución de las mismas en el último recuadro. Era norma habitual que cada colaborador se encargara de todos los chistes de una plana, con encabezamientos unívocos y resolviéndolos con actores diferentes de corta vida. Ejemplos bien evi-



Caricatura del dibujante José Grau Hernández (1914 - 1998).

dentes de esta corriente fueron el mismo Soriano, Ángel Nadal, antes de trabajar para Bruguera, o Antonio Carbonell Artús, alias Cartús, quienes pese a sus muchas contribuciones jamás estuvieron vinculados a ningún personaje de entidad. Soriano o "Cartús" ni siquiera se molestaban en bautizar a sus criaturas, considerándolas tal vez de usar y tirar, al contrario que Nadal, que aunque tan sólo los dibujara una vez sí les daba un nombre, e incluso unos apellidos, bien sonoros. Facundo, Don Viriato, Pepe Pintamonas o Don Sombrerete son algunos de ellos, pobres desgraciados de tres al cuarto, con preocupaciones mundanas, incapaces de resolver con acierto los problemas o las dificultades que se les plantean, en ocasiones reaccionando de manera extemporánea y absurda. A Don Sombrerete, en "El obsequio de Don Sombrerete", incluida en el número 45 de *Jaimito*, la pena por la defunción de su querida esposa (por un ataque cardíaco en el pie y una colitis pulmonar crónica en la lengua) le dura apenas tres viñetas, pues cuando se entera que Pilongo, el hombre que le trabaja su finca, ha regalado una cesta de manzanas a cada uno de los asistentes al funeral la indignación le supera. Temática fúnebre tiene igualmente "En el camposanto" con Pepe Pintamonas, una de las escasas muestras de historieta protagonizada por un dibujante, quien en este caso recibe el encargo de su jefe, un poderoso editor fumador de puros, de realizar unas ilustraciones sobre cementerios que a la postre resultan un desastre, con lo que el pobre Pintamonas acaba despedido y volando por los aires.

Ese siniestro escenario será utilizado habitualmente, más teniendo en cuenta que la norma de la revista era caracterizar su portada y buena parte de su contenido con acontecimientos y celebraciones típicas según la fecha de salida de cada número, desde cambios estacionales a festividades religiosas, pasando por el santoral completo. De ahí que durante esos primeros años cada *Jaimito* correspondiente a las primeras semanas de noviembre (Día de difuntos y Todos los Santos) soliera tener su ración de muertos y entierros. Por ejemplo, volviendo a un primerizo Cartús, muy lejos todavía de sus conocidas series a color para la posterior *Pumby*, como "Tigrín y Tigrete" o "Pequeña flecha", observamos como bromea en el mismo ejemplar, el 51, acerca de la dificultad de los muertos para alcanzar un auténtico descanso eterno, no lo consigue el marido de Catalina Pérez, quien no tiene otro remedio que escarmentar a su esposa cuando ve que esta se enamora, delante de su tumba, de otro hombre, ni tampoco el anciano Samuel, que cansado de ver cómo sus hijos le escatiman gastos en su funeral se levanta del ataúd y les

asegura que irá al cementerio andando. U, otro habitual, Liceras, firmando "Camposanto festivo", con tumbas como la de un estraperlista al que sus herederos jamás olvidarán "mientras les quede dinero", amén de extraños visitantes dispuestos a freír una tortilla con un fuego fatuo, aspirantes a suicidas, fallecidos a medio enterrar por quedarse a medias en el pago de la cuota del seguro. También Antonio Edo Mosquera, Edgar, gustará de ese tipo de humor, y una muestra la hallaremos mucho más adelante, en la entrega número 99, correspondiente a 1949, en los "Epitafios alegres", transitados, entre otros, por un tacaño que busca un féretro tan barato que no cabe en él, un marido que le ruega a su mujer que alargue su agonía para coserle un brazalete negro en la americana y enterradores que se equivocan de caja.

Dichas ocurrencias no eran puntuales, pertenecían, más bien, a toda una tendencia: la del humor ácido, punzante, que buscaba su inspiración en la calle, en el día a día, en las costumbres, en la tradición oral. Se abordan temas como la mendicidad (pedigüños que respetan un horario laboral, otros que ocultan su pierna tras una valla para parecer cojos y dar más lástima -un gag que aparecerá más de una vez-, vagabundos que se declaran a desconocidas a ver si así pueden comer calabazas), el hambre (un grupo de comediantes que interpretan mal sus papeles para conseguir que el público les lance comida desde el patio de butacas, madres de familia que piden dinero por carta a los santos ofreciéndoles cirios sin sebo "de antes de la guerra"), la inseguridad ciudadana (numerosos ladrones, con y sin antifaz, armados con pistolas o navajas, o peatones que se alteran cuando ven moverse algo entre las sombras cuando pasean de noche), la miseria (constantes referencias a los precios de las mercancías y a los nombres populares de las monedas). Comportamientos cotidianos tanto de actores anónimos como de personajes habituales, con solera. Las diferencias sociales, o mejor dicho, la pretensión de aparentar lo que no se es, o de conseguir el dinero necesario para medrar en la escala social, son las ideas principales alrededor de las que se desarrollan series como *Los herederos*, de Serna Ramos, o *Doña Tere, Don Panchito y su hijo Teresito*, de Serafín. *Bartolo, el as de los vagos*, una de las más celebradas creaciones de Palop, o *El gitano Manuel*, de Majó, seudónimo del murciano Juan Antonio Martínez Osete, son a un tiempo un toque de atención sobre el desempleo y una denuncia contra la vagancia, una genérica, la otra específica hacia un colectivo bien concreto, basada en tradiciones culturales. Los estereotipos raciales están a la orden del día, e igual que se entiende que ningún

gitano quiere trabajar, se dice que todos los chinos son iguales ("Un caso de dobles" de Karpa en la cubierta del número 47), o que los negros son caníbales (un congoleño hecho prisionero como si fuera una fiera, es enviado a jugar al fútbol, muerde a los rivales y a punto está de comerse al árbitro, en "El jugador" de Serafín en el 102).

De igual modo que la muerte es una presencia constante, lo es el recurso a la violencia o el cuestionamiento de la autoridad. Los golpes, caídas, bastonazos y castigos físicos son constantes, siempre utilizados para hacer reír. Desde un hombre que, tratando de ahuyentar a un mosquito se quita a sí mismo la vida de un puñetazo, o un caballero que prefiere que le corten el brazo antes que una mancha de tomate en su chaqueta desluzca su vestuario, hasta un pistolero,



Caricatura del dibujante Alberto Peris Gregori (1928 - 1998).

"Buk Herón, el terror de Callos City", ilustrado por Alberto Peris, que dispara a un jugador de cartas que le acusa de hacer trampas ("¡Oh, me ha atravesado una úlcera estomacal!"). Llegando hasta Don Camorra, el enemigo de Jaimito y compañía, que recibe estoicamente, en estos años oscuros,

porrazos continuos de los policías, mientras los niños se ríen a su costa. Tampoco el guardia Epaminondas, cabeza de cartel de *Trapiondas del guardia Epaminondas*, de Serna Ramos, consigue hacer valer su uniforme ni su placa ante la desvergüenza de delincuentes de toda laña.

4. Conclusión

Resulta evidente que la legislación que, con el objetivo de dictar los contenidos de las publicaciones infantiles, entró en vigor a partir de 1952, desvirtuó en gran manera lo que había venido siendo *Jaimito* desde su arranque en 1945. Esa nueva norma consiguió embridar el talento de los artistas que allí participaban, y que habían estado llevando a cabo una crítica sistemática de la sociedad del momento, reflejando perfectamente el modo de vida, las costumbres y el devenir cotidiano. Con el

asentamiento de determinados personajes, al tiempo que la revista conseguía el reconocimiento oficial que necesitaba para regularizar su situación, produjo una infantilización de las historietas y la imposición de un tono que la caracterizaría durante las siguientes dos décadas, ocultando en cierto modo su propio y brillante pasado.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTARRIBA, Antonio: La España del tebeo: la historieta española de 1940 a 2000, Madrid, Espasa Calpe, 2001.
- Historia del tebeo valenciano, Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 1992.
- PORCEL, Pedro: Clásicos en Jauja: la historia del tebeo valenciano, Onil: Edicions de Ponent, 2002.
- RAMÍREZ, Juan Antonio: La historieta cómics de posguerra, Madrid: Cuadernos para el diálogo, 1975.